

La opción preferencial por los pobres

por **D. Gustavo Gutiérrez**

*Conferencia pronunciada
el 26 de abril de 1994*

Forum Deusto

La opción preferencial por los pobres

por D. Gustavo Gutiérrez*

Veinticinco años atrás tuvo lugar, en la ciudad colombiana de Medellín, un acontecimiento que dejaría una marca indeleble en la vida de la Iglesia y de la sociedad latinoamericanas. Se reunieron allí, por segunda vez, representantes de los distintos episcopados de América Latina¹, en esta ocasión estuvieron presentes también numerosos laicos, religiosas y sacerdotes. Todos llevaban con ellos las preocupaciones, los sufrimientos y las esperanzas de sus respectivos pueblos y comunidades.

Pero el proceso que deseamos recordar empezó ante de Medellín. De otro modo no se explica la fuerza de las tomas de posición de esta

* D. Gustavo GUTIÉRREZ nació en Lima, Perú, el 8 de junio de 1928. Estudió Medicina (1947-1950) en la universidad Mayor de San Marcos de Lima; Letras (1948-1949) en la Pontificia Universidad Católica del Perú; Filosofía (1951-1955) en la Universidad Católica de Louvain de Bélgica; Psicología (1952-1955) en la misma Universidad, y Teología (1955-1959) en la Universidad Católica de Lyon, de donde obtuvo el doctorado en 1985. Es también Doctor Honoris Causa en varias Universidades del Perú y en otras como Nimega (Holanda), Tubingen (Alemania), Kings College (Estados Unidos), Monreal (Canadá), etc. En 1959 se ordenó Sacerdote en la Arquidiócesis de Lima. Es profesor Principal de la Pontificia Universidad Católica del Perú desde 1960. Ha sido Profesor Visitante en Universidades de Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña, y ha impartido numerosas conferencias en centros académicos de todo el mundo. Entre sus libros, algunos de ellos traducidos hasta 13 idiomas, cuentan: *Líneas Pastorales de la Iglesia en América Latina* (1969), *Teología de la Liberación, Perspectivas* (1971), *La Fuerza Histórica de los Pobres* (1979), *Beber de su Propio Pozo* (1983), *El Dios de la Vida* (1989), *En busca de los pobres de Jesucristo* (1992), etc.

¹ La primera Conferencia tuvo lugar en Rio de Janeiro en 1955, allí nació el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Existe un antecedente a esta Conferencia, en 1899 se reunió en Roma el Concilio Plenario de América Latina con la asistencia de 54 obispos, sus textos finales fueron publicados en *Actas y decretos del Concilio Plenario de la América Latina* (Roma, Tipografía Vaticana, 1906).

conferencia episcopal; pero sin duda ella da una gran amplitud y resonancia a una perspectiva surgida desde las comunidades cristianas presentes entre los pobres de América Latina y el Caribe. En esa andadura se va perfilando lo que llamamos la opción preferencial por los pobres.

En el discurso inaugural de Medellín, el Cardenal Juan Landázuri, uno de los tres presidentes de la Conferencia, formulaba una pregunta clave: «¿quiénes somos?». Y respondía: «somos una porción del Pueblo de Dios (...) una Iglesia que está tratando por todos los medios a su alcance de estar presente en el mundo, de escucharlo, de darle respuesta»². De eso se trata, en verdad, de una Iglesia que se hace adulta, que deja de ser «reflejo» para hacerse «fuente», según la afortunada expresión de Henrique de Lima Vaz. Una parcela del Pueblo de Dios que aprende a estar presente, a escuchar y dar respuesta con madurez a los desafíos que le vienen de la realidad latinoamericana.

No pretendo en esta charla situarme como observador aséptico del lapso transcurrido. Formo parte de este proceso, el camino hecho por la Iglesia latinoamericana es el nuestro. Me situo dentro de su vida, logros y obstáculos, propios de todo caminar histórico. Estamos, por consiguiente, ante un examen realizado a partir de una profunda fidelidad a una Iglesia en la que compartimos con otros nuestra fe y nuestra esperanza.

En este tiempo la Iglesia latinoamericana se propone, por eso, asumir una ruta que la defina: la opción preferencial por los pobres. Literalmente la frase no está en Medellín, pero la idea y los términos —en cambio— sí se encuentran allí. Pero no se trata sólo de una opción de alcance continental. Medellín plantea una exigente propuesta a la Iglesia universal: la identidad eclesial para hoy por la solidaridad con los pobres e insignificantes, en ellos encontramos al Señor que nos señala el camino hacia el Padre.

Para percibir el significado de esta opción conviene recordar el acontecimiento conciliar en tanto contexto eclesial de los aportes de la vida y la reflexión de la Iglesia latinoamericana. Medellín, Puebla y Santo Domingo marcan jalones importantes en el caminar de la Iglesia. Es claro, por otro lado, que el corazón de la identidad de la Iglesia latinoamericana —y de la propuesta que hace a todo el Pueblo de Dios— está en su presencia evangelizadora, en su proclamación del Reino a toda persona humana. Son aspectos íntimamente ligados y que se iluminan mutuamente, ellos nos ocuparán en las páginas que siguen.

² «Discurso inaugural» en *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*, t. I. Ponencias (Bogotá, Celam, 1969) 44 y 45.

I. El contexto conciliar

Conforme pasa el tiempo, y vamos tomando distancia para considerar el hecho conciliar, crece la figura de Juan XXIII. Ciertamente no todo está dicho sobre aquello que lo llevó a convocar al Concilio y sobre las tareas que, según él, Vaticano II debía asumir; pero resulta evidente que es necesario remontarse aguas arriba, hasta el Papa Juan si queremos comprender el tema que nos ocupa, el significado de la opción preferencial por los pobres³.

Desde la primera comunicación hecha por Juan XXIII a propósito del Concilio encontramos un punto que será una de sus más firmes convicciones: es necesario estar atento a los signos de los tiempos si queremos, como Iglesia, anunciar el Evangelio de Jesucristo. A ello se suma otra urgencia: encontrar una expresión adecuada para hacer entendible ese mensaje a la humanidad de hoy.

Dentro de ese marco es posible decir que Juan XXIII propuso al Concilio tres grandes temas en diferentes alocuciones previas al inicio de sus trabajos. Se trata de la apertura al mundo moderno, la unidad de los cristianos, y la Iglesia de los pobres. Dichos puntos vienen de los tres mundos en que la Iglesia —según el Papa Juan— debe vivir y ser signo del Reino: el mundo moderno, el mundo cristiano (y religioso, en general) y el mundo de la pobreza. El Concilio fue más sensible, lo que se comprende fácilmente en la época, a los dos primeros que al tercero.

1. *El mundo moderno*

Abrir las ventanas de la Iglesia para que salga «el polvo imperial», acumulado durante siglos, es una de las más expresivas imágenes de Juan XXIII para referirse a la actitud que el Concilio debía tener. Una aguda conciencia de los valores del mundo moderno, así como de las consecuencias negativas de su rechazo por la Iglesia, sostiene el llamado que hace el Papa.

La necesidad de un diálogo con el mundo fue, entre los puntos propuestos por Juan XXIII, el que recibió el tratamiento más amplio y profundo en Vaticano II. Gracias a este enfoque se dio el gran vuelco

³ Sobre Juan XXIII y su relación con el Concilio puede consultarse dos obras recientes, editadas por G. Alberigo, que traen interesantes estudios de diversos autores: *Papa Giovanni* (Roma, Laterza, 1987) y *Giovanni XXIII transizione del Papato e della Chiesa* (Roma, Borla, 1988).

conciliar hacia el final de la primera sesión, y se lanzaron las pistas sobre las que debían transitar con gran fecundidad los trabajos de esta asamblea. Al respecto, fueron decisivas las intervenciones de los cardenales Montini y Suenens. No se trata sólo de la Constitución que se llamaría más tarde *Gaudium et Spes*, sino del telón de fondo del conjunto de los documentos.

En esta perspectiva se situará más tarde la práctica y la reflexión de la Iglesia presente en América Latina y el Caribe acerca de su papel en el proceso de liberación.

2. *El mundo cristiano*

El acercamiento a los cristianos de otras confesiones fue también una gran preocupación de Juan XXIII. Ella recibió, al igual que la cuestión de la apertura al mundo, primero la frialdad de los encargados de la preparación y luego la entusiasta acogida del Concilio mismo. El diálogo ecuménico constituye sin duda uno de los puntos más saltantes y ricos del Vaticano II y del inmediato postconcilio.

Además, a partir del reconocimiento de la presencia de valores salvíficos en otras confesiones cristianas, se produjo una apertura hacia el judaísmo y una comprensión distinta de las grandes religiones de la humanidad. También aquí se trataba de construir puentes y de asumir una actitud de servicio hacia personas de otras familias espirituales. Todo esto trae consecuencias sobre el modo de entender la Iglesia y su tarea en la historia; pero en el fondo se trata de situarse con humildad y respeto ante la acción salvadora del Señor, incluso más allá de las fronteras visibles de la Iglesia.

La cuestión ecuménica tuvo una repercusión menor que la de la apertura al mundo en la Iglesia latinoamericana debido a la presencia minoritaria —comparada con Europa y Norteamérica— de otras confesiones cristianas. No obstante, la actitud de fondo de diálogo, que reforzaba el alcance del punto anterior frente al mundo contemporáneo, recibió una honda acogida. El diálogo ecuménico está, en efecto, cargado de ricas consecuencias sobre la concepción de la Iglesia y su misión, lo que tenía una relevancia especial para la búsqueda que se hacía en América Latina en esos años.

3. *El mundo de la pobreza*

El tercer tópico señalado por Juan XXIII, la Iglesia de los pobres, no contaba —entre los participantes en Vaticano II— con una elaboración

previa del mismo calibre que la existente para los otros dos puntos. Este hecho, así como la presencia sólo inicial de la problemática de los países del Tercer Mundo en el Concilio, explica la marca más bien tenue que esa última intuición del Papa Juan dejó en los documentos conciliares. Ella respondía de lleno, sin embargo, a los desafíos que vivía y vive la Iglesia de América Latina.

a) La ley del Reino

Juan XXIII plantea la cuestión de la Iglesia de los pobres un mes antes del comienzo de las sesiones conciliares. Enumera algunos temas y añade sorpresivamente: «Otro punto luminoso. Frente a los países subdesarrollados la Iglesia se presenta tal como es, y quiere ser, como la Iglesia de todos y particularmente la Iglesia de los pobres.» Líneas abajo hablará de «las miserias de la vida social que claman venganza en la presencia de Dios»⁴.

Texto breve, pero en el que cada palabra cuenta; su sobriedad y modestia no deben hacernos olvidar su carácter frontal. Esas palabras, respaldadas por el testimonio de la vida de ese hombre libre que fue Juan XXIII, significan el punto de partida de un movimiento eclesial hondo y de gran aliento. Un proceso que con sus avances y eclipses sigue siendo actual, porque aún no ha desplegado todas sus posibilidades.

En ese orden de ideas, con una lucidez y una visión de futuro que todavía nos asombra, el cardenal Lercaro —gran amigo de Juan XXIII— afirmaba al término de la primera sesión conciliar; «esta es la hora de los pobres, de los millones de pobres que están sobre toda la tierra»; por consiguiente, «la más profunda exigencia de nuestro tiempo, incluyendo nuestra gran esperanza de promover la unidad de todos los cristianos, no sería satisfactoria, sería eludida más bien, si el problema de la evangelización de los pobres de nuestro tiempo, fuese tratado en el Concilio como un tema que se añade a otros». En efecto, «no se trata de un tema cualquiera, sino en cierto sentido el único tema de todo el Vaticano II». «El misterio de Cristo —añadía el cardenal Lercaro— en la Iglesia es siempre, y particularmente hoy, el misterio de

⁴ Mensaje del 11 de setiembre de 1962 en Alberigo o.c. Juan XXIII gustaba de la imagen de «punto luminoso» para resaltar la importancia de una idea [cf. el anuncio del Concilio (25-1-59) y «El diario del alma»].

Cristo en los pobres, en tanto que la Iglesia, como lo ha dicho su santidad Juan XXIII, es la Iglesia de todos, pero hoy especialmente es la Iglesia de los pobres»⁵. Profundizar en el asunto de la Iglesia de los pobres será además la mejor manera de ser fieles a los primeros grandes temas planteados por Juan XXIII: la interpelación del mundo moderno y la unidad de los cristianos.

b) Por el camino de la pobreza

Alrededor de estas ideas se constituyeron grupos de trabajo que fueron sumamente activos en los corredores conciliares. Los resultados en cuanto a la presencia de esta perspectiva en los documentos se revelaron más bien magros. El n.º 8 de la *Lumen Gentium* busca recoger estas inquietudes en un texto rico y cristológico, pero breve: «como Cristo realizó la obra de redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres».

Se tiene también el hermoso texto de *Ad Gentes*, n.º 5: «Como esta misión continúa y desarrolla en el decurso de la historia la misión del propio Cristo, que fue enviado a evangelizar a los pobres, la Iglesia, a impulsos del Espíritu Santo, debe caminar por el mismo sendero que Cristo; es decir, por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección».

Pese al valor de estos textos (y uno que otro más), es claro que estamos lejos de la propuesta del cardenal Lercaro de hacer de la cuestión de la «Iglesia de los pobres» (expresión que no está presente en Vaticano II) el tema del Concilio. Sin duda el terreno no se hallaba todavía maduro para este asunto, a diferencia de lo que ocurría frente a las cuestiones planteadas por Juan XXIII; a partir de la necesidad para la Iglesia tanto en el mundo moderno como en el mundo cristiano (y religioso en general). En estos últimos puntos los participantes más activos en Vaticano II se sentían —lo hemos recordado— más cómodos y con mejores instrumentos teológicos para hacerles frente. Pese a esto las perspectivas conciliares crearon el espacio para experiencias y reflexiones en la línea de la Iglesia de los pobres.

⁵ Ver el texto completo, con preciosas notas en G. LERCARO *Per la forza dello Spirito. Discorsi conciliari* (a cura dell' Instituto per le Scienze Religiose, Bologna, Edizioni Dehoniane, 1984) 109-122.

II. El itinerario de una opción

La participación de los cristianos en el proceso liberador en América Latina, no es sino una expresión del vasto proceso histórico que conocemos como la irrupción del pobre. Esta situación permitió ver con fuerza y claridad inusitadas la antigua y cruel pobreza de la gran mayoría de la población latinoamericana, quienes por mucho tiempo estuvieron «ausentes» en nuestra sociedad y en la Iglesia se hicieron —se van haciendo— presentes. No se trata de una ausencia física, hablamos de aquellos que tenían escasa o ninguna significación y por ello no se sentían (no se sienten todavía en muchos casos) en condiciones de manifestar sus sufrimientos, sus proyectos y sus esperanzas. Eso es lo que ha comenzado a cambiar.

Este proceso lleva unos treinta o cuarenta años. Se manifestó al comienzo en acontecimientos como un creciente movimiento popular, una percepción de las causas de la pobreza, una intensificación del combate por la justicia, un aumento de las expectativas, nuevas organizaciones sociales y políticas, una mayor conciencia de la dignidad personal y de los derechos de los viejos pueblos indígenas, intentos desde el poder de llevar a cabo reformas sociales relevantes. Luego se fue afirmando, no sin tropiezos, poco a poco.

1. Pobreza y reflexión teológica

Estos acontecimientos reavivaron y lanzaron por nuevas pistas el tema de la pobreza. ¿Qué exigencias presenta a la Iglesia ser sacramento universal de salvación en un mundo marcado por la pobreza y la injusticia? Esa es la gran pregunta que se plantea a muchos cristianos latinoamericanos a partir del Concilio y de la nueva conciencia histórica que surge en América Latina y el Caribe.

Se trata de colocarse ante lo que Medellín llamará «inhumana miseria» (*Pobreza*, 1). Una situación que debe ser señalada tanto en sus efectos como en sus causas para tratar de eliminar sus raíces sociales y económicas. Estamos ante una realidad conflictiva en la que es necesario anunciar el Reino de vida. Hacia julio de 1967 la reflexión teológica en América Latina sobre estos temas ahonda la significación bíblica de la pobreza y formula la distinción de tres acepciones del término pobreza que será recogida tal cual en Medellín un año después:

—«La pobreza como carencia de los bienes de este mundo es, en cuanto tal, un mal».

- «La pobreza espiritual, es el tema de los pobres de Yave. La pobreza espiritual es la actitud de apertura a Dios, la disponibilidad de quien todo lo espera del Señor».
- «La pobreza como compromiso, que asume, voluntariamente y por amor, la condición de los necesitados de este mundo para testimoniar el mal que ella representa y la libertad espiritual frente a los bienes (Pobreza de la Iglesia, n.º 4)».

El texto deja claramente establecido el rechazo a la pobreza real en tanto que ella significa carencia de lo necesario para vivir digna y humanamente. Al mismo tiempo que disipa toda ambigüedad respecto de la noción de pobreza espiritual que es vista como infancia espiritual, sin duda uno de los temas bíblicos más profundos. Este deslinde es el que permite entender el verdadero sentido del compromiso de pobreza⁶.

En la tarea de anuncio del evangelio, Medellín llama a dar «preferencia efectiva a los sectores más pobres y necesitados y a los segregados por cualquier causa» (*Pobreza*, 9). Para ello es necesario agudizar la conciencia del «deber de solidaridad con los pobres, a que la caridad nos lleva. Esta solidaridad significa hacer nuestros sus problemas y sus luchas, saber hablar por ellos» (*Pobreza*, 10).

Los textos que acabamos de citar se encuentran en un párrafo titulado significativamente: «Preferencia y solidaridad». Se trata de dos puntos relevantes en los esbozos teológicos de ese tiempo y en el mensaje de esta Conferencia. Conviene precisar, además, que esta reflexión teológica percibe desde el inicio que la preferencia por los pobres no debe hacer olvidar otro dato evangélico fundamental: la universalidad del amor cristiano. En este orden de ideas se dice en Medellín, al empezar las orientaciones pastorales, que la Iglesia quiere ser «humilde servidora de todos los hombres de nuestros pueblos» (*Pobreza*, 8).

Esta perspectiva dió lugar en América Latina a múltiples compromisos y experiencias de Iglesias locales, comunidades cristianas, familias religiosas, que buscaban dar testimonio de la liberación de Cristo en medio del mundo pobre. No es tarea fácil. Esto implica, en efecto, un cambio radical de óptica, lo que no puede lograrse sino a través de un proceso. Una búsqueda que conoce avances, pero también escollos; entusiasmos y desánimos; aciertos y fallos.

⁶ Cf. G. GUTIÉRREZ *Teología de la liberación*. Cap. XIII.

2. La opción por los pobres

Las experiencias que acabamos de mencionar hicieron que a mediados de la década de los 70, surgiera en el seno de las comunicaciones cristianas, la expresión opción preferencial por los pobres. Ella colocaba los tres sentidos distinguidos por Medellín en la forma dinámica de una frase: opción retoma la pobreza como compromiso, preferencial apunta a la pobreza como infancia espiritual, y pobres se refiere a la pobreza real como un mal. Puebla asumió esta perspectiva y la presentó a la conciencia eclesial universal.

La mejor manera de captar el significado de esta expresión es, tal vez, considerarla palabra por palabra.

a) Ser pobre

La pobreza abarca obviamente dimensiones económicas, sociales y políticas, pero en último análisis la pobreza significa muerte: muerte injusta, muerte prematura. Muerte física, debido al hambre, a la carencia de medios para enfrentar las enfermedades, a la falta de techos, a la represión de quienes defienden sus privilegios o quieren imponer por la fuerza sus soluciones.

Pero hay también la muerte cultural. Cuando un pueblo no es tomado en cuenta, cuando se le desprecia de una forma u otra por su raza, su cultura o su género, se está matando a las personas que pertenecen a ese pueblo. Los antropólogos suelen decir que la cultura es vida: pues bien, si se desprecia la cultura, se desprecia la vida. Esto sucede también cuando no se reconoce a las mujeres la plenitud de sus derechos humanos.

Pobreza, por consiguiente, significa muerte. Con ello no se pretende ocultar sus dimensiones sociales, económicas o políticas. Pero nos ayuda a ponernos ante lo que está verdaderamente en juego; la vida o la muerte de los pobres. De allí que sea tan frecuente en las comunidades cristianas de América Latina hablar del Dios de la vida.

Los pobres son los «no-personas», los *insignificantes*, los que no cuentan para la sociedad y, con demasiada frecuencia, tampoco para las Iglesias cristianas. No pretendo con esto dar una definición de lo que es ser pobre, pero sí es una aproximación que nos permite comprender la condición del pobre.

Por otro lado, los pobres no sólo tienen carencias. Ser pobre es igualmente una manera de sentir, de conocer, de razonar, de hacer

amigos, de amar, de creer, de sufrir, de festejar, de orar. Los pobres constituyen un mundo. Un mundo a partir del cual tienen mucho que aportar.

b) La razón de una preferencia

El término mismo de preferencia rechaza toda exclusividad y quiere subrayar quiénes deben ser los primeros —no los únicos— en nuestra solidaridad. Desde un primer momento, en teología de la liberación, se insistió en que el gran desafío venía de la necesidad de mantener al mismo tiempo la universalidad del amor de Dios y su predilección por los últimos de la historia. Escoger exclusivamente uno de estos extremos es mutilar el mensaje cristiano. El gran desafío es mantener las dos exigencias, como decía Mons. Romero en referencia a la Iglesia: «desde los pobres la Iglesia podrá ser para todos».

La opción por el pobre significa en última instancia una opción por el Dios del Reino que nos anuncia Jesús. Toda la Biblia, desde el relato de Caín y Abel, está marcada por el amor de predilección de Dios por los débiles y maltratados de la historia humana. Esa preferencia manifiesta precisamente el amor gratuito de Dios. Eso es lo que nos revelan las bienaventuranzas evangélicas: ellas nos dicen con estremecedora sencillez que la predilección por los pobres, hambrientos y sufrientes tiene su fundamento en la bondad gratuita del Señor.

El motivo último del compromiso con los pobres y oprimidos no está en el análisis social que empleamos, en nuestra compasión humana o en la experiencia directa que podamos tener de la pobreza. Todas ellas son razones válidas que juegan sin duda un papel importante en nuestras vidas, pero en tanto que cristianos ese compromiso se basa fundamentalmente en el Dios de nuestra fe. Es un opción teocéntrica y profética que hunde sus raíces en la gratuidad del amor de Dios, y es exigida por ella. Bartolomé de las Casas, en contacto con la terrible pobreza y la destrucción de los indios de este continente, la explicaba diciendo: «porque del más chiquito y del más olvidado tiene Dios la memoria muy reciente y muy viva». De esta memoria nos habla la Biblia.

El punto fue tratado en Puebla con toda claridad, allí se dice que «por la sola razón del amor de Dios manifestado en Cristo los pobres merecen un atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren» (n.º 1.142). En otras palabras, el pobre es preferido no porque sea necesariamente moral o religiosamente mejor que otros, sino porque Dios es Dios a quien nadie le pone

condiciones (cf. Judit 8, 11-18) y Aquel para quien «los últimos son los primeros». Esta aseveración choca con nuestra frecuente y estrecha manera de entender la justicia, pero precisamente esa preferencia nos recuerda que los caminos de Dios no son nuestros caminos (cf. Is. 55,8).

c) Una opción

La palabra opción no siempre ha sido bien comprendida. Como toda expresión tiene sus límites, pero con ella se quiere acentuar el carácter libre y comprometedor de una decisión. No es algo facultativo si entendemos por esto que un cristiano puede hacer o no dicha opción por los pobres, como tampoco es facultativo el amor que debemos a toda persona humana, sin excepción. De otro lado, la palabra opción tampoco supone necesariamente que quienes la hacen no pertenecen al mundo de los pobres; así es en muchos casos, pero conviene precisar que los mismos pobres deben también tomar esta decisión. En estos últimos años importantes documentos de Magisterio eclesial a nivel universal se han hecho eco de la perspectiva de la Iglesia latinoamericana, empleando directamente la expresión opción preferencial por el pobre⁷.

Aunque no han faltado las incomprensiones así como las tendencias a operar indebidas reducciones tanto de pretendidos partidarios como de explícitos adversarios de esta opción preferencial, se puede afirmar que ella forma parte indefectiblemente de la comprensión que la Iglesia en su conjunto tiene hoy de su tarea en el mundo. Un enfoque cargado de consecuencias, que no está a decir verdad sino en sus primeros pasos y que se constituye en el eje de una nueva espiritualidad.

III. Hacia una nueva evangelización

Los hechos y reflexiones recordadas dieron un nuevo impulso a la tarea evangelizadora en América Latina. Esto estuvo ligado a la percepción de estar atravesando «una nueva época histórica» (Medellín, *Introducción*).

⁷ Hablando de puntos y orientaciones presentes en el Magisterio de estos años, Juan Pablo II afirma: «Entre dichos temas quiero señalar aquí *la opción o amor preferencial* por los pobres. Esta es un opción o una *forma especial* de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana» (*Sollicitudo rei socialis* n.º 42 subrayado en el texto).

1. *La nueva evangelización*

El documento preparatorio (enero 1968) a Medellín decía por eso: «libre de ataduras temporales a las que no se siente llamada, de convivencias indebidas que rechaza, del peso de un prestigio ambiguo que no le interesa, quiere la Iglesia hacer frente a una nueva evangelización del continente». Ella, en efecto, no se podrá llevar a cabo si la Iglesia no se libera de condicionamientos que traban el libre anuncio del Reino.

El texto es neto, hay una clara conciencia de cómo enfrentar la tarea que se tiene por delante. En esta intuición se inspira el *Mensaje* en Medellín cuando se compromete a «alentar una nueva evangelización». Puebla se planteó con madurez este asunto y dió pistas invalorable al respecto. La perspectiva ha sido retomada y subrayada vigorosamente por Juan Pablo II. En el contexto del quinto centenario, el Papa habla hace unos años (1983) en Haití, el país más pobre del continente, de la necesidad de «una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión»⁸.

La novedad en la proclamación del mensaje en una etapa histórica nueva supone un Iglesia capaz de mirar cara a cara la realidad en la que vive y de imaginar los nuevos caminos para cumplir su misión. Esa madurez se manifiesta en la lectura que, a la luz del Reino de Dios, hizo la Iglesia que vive en América Latina de los desafíos que confronta y que la lleva a la opción preferencial por el pobre.

La *nueva evangelización* tendrá que ubicar con lucidez y honestidad los retos que la historia pasada y el hoy de América Latina le presentan. Hay que vencer la tentación —por cansancio, por temor o por interés— de no ver la hondura de las reivindicaciones y reflexiones que vienen de una realidad cruel, compleja y dolorosa. No todo en el presente es síntesis y terreno dispuesto a la semilla evangelizadora, amenazada sólo por ideas recientes y foráneas, llegadas de sociedades modernas, según algunos parecen pensar. Nos movemos, por el contrario, en el campo de los hechos sociales y culturales y en él concurren tanto factores contemporáneos, como una historia controvertida. La cultura es creatividad permanente, no se la defiende como tradición si no se la empuja hacia adelante. La vida diaria del pueblo pobre es, pese a todo,

⁸ En verdad, antes en una visita a Polonia en julio de 1981, ya había propuesto la necesidad de una «nueva evangelización». Posteriormente ha retomado la idea en sus viajes a diferentes continentes.

fuentes permanente de esperanza; ella hace que no desaparezca la alegría, cuya ausencia era para el profeta Joel (1,12) el signo mayor de la profundidad de la crisis que experimentaba su nación.

La presencia de la Iglesia en este proceso tiene sus «luces y sombras» como decía Medellín con coraje y probidad. Al mismo tiempo, en estas tres últimas décadas, las experiencias, las reflexiones, los testimonios de muchos cristianos constituyen una gran riqueza para enfrentar esta tarea. La nueva evangelización de América Latina comenzó en esos años. Es innegable que en ellos se ha afirmado una Iglesia que confronta con madurez la realidad en la que debe anunciar el mensaje evangélico y ha nacido una nueva manera de ser cristiano. Esto debe ahondarse y abarcar nuevos ámbitos.

2. *La opción por los pobres: eje de la nueva evangelización*

Santo Domingo reafirma con firmeza la opción preferencial por los pobres y hace de ella el eje de la nueva evangelización. Dentro de la óptica cristológica en que se sitúa la conferencia siempre dicha opción es apoyada en Cristo y su anuncio de la Buena Nueva a los pobres (cf. Lc. 4, 18-19). «Esta es —dice SD— la fundamentación que nos compromete en una opción evangélica y preferencial por los pobres, firme e irrevocable, pero no exclusiva ni excluyente tan solemnemente afirmada en las Conferencias de Medellín y Puebla» (n.º 178). La continuidad es límpidamente sostenida; además, Medellín y Puebla buscaron también cuidadosamente arraigar la opción por los pobres en el testimonio de Jesús.

En los números siguientes (179 y 180) y en muchos otros más (cf. nn. 50, 275, 296, 302) se subraya el papel central de esta opción y, por consiguiente el sello que pone a las diversas tareas eclesiales. Cuando se piensa en la resistencia que esta perspectiva, su enunciado y hasta los términos con la que se expresa provoca en algunos sectores dentro y fuera de la Iglesia no se puede dejar de pensar que estamos ante algo adquirido en forma definitiva.

El carácter de postulado para la acción eclesial que la opción preferencial por el pobre reviste en Santo Domingo no hace sino reafirmar la justeza de una intuición y la solidez de un itinerario. Pero debemos estar muy atentos para no contentarnos con declaraciones y textos. Estos son importantes, los documentos de Medellín y Puebla lo prueban, si se hacen carne en la vida de la Iglesia. El peligro de que tales enunciados, por importantes e interesantes que sean, se limiten a palabras o gestos para las galerías está siempre allí.

Esta perspectiva debe traducirse, en líneas pastorales concretas. Santo Domingo las propone en función de los grandes temas que se asignó: nueva evangelización, promoción humana y evangelización inculturada. En el primer punto se destaca el papel de los laicos (en especial los jóvenes) en la tarea evangelizadora, el de la celebración de la fe; en forma significativa se subraya también el papel misionero que la Iglesia latinoamericana debe asumir más allá de nuestro continente. Estamos convencidos que esta última es una de las rutas más fecundas que tenemos ante nosotros. En este orden de ideas Puebla nos había llamado a «dar de nuestra pobreza» (n.º 368); es de desear que esta sea en efecto una línea pastoral para el tiempo que viene (cf. *SD* 293-295, ver también 12 y 57 sobre la dimensión misionera).

La segunda gran línea pastoral se ubica en el ámbito de la promoción humana. Aquí el acento es puesto en la atención al clamor de los pobres y en la necesidad de asumir con «renovado ardor la opción evangélica y preferencial por los pobres»; ella debe iluminar «a imitación de Jesucristo, toda nuestra acción evangelizadora». De otro lado, se declara que «toda vida humana es sagrada» y ello debe inspirar una defensa de la vida y de la familia (cf. nn. 296-297).

La tercera línea está constituida por la necesidad de una evangelización inculturada. Sin duda uno de los puntos más saltantes de Santo Domingo es el de la inculturación del Evangelio. El término es nuevo, la idea es vieja y tiene resonancias de encarnación. Pero es un hecho —el recuerdo en este tiempo de la primera evangelización en América Latina lo hizo evidente— que a la Iglesia le cuesta desprenderse del mundo cultural de occidente en su anuncio del Evangelio. Por ello Santo Domingo llama a una «conversión pastoral de la Iglesia» (n.º 30; cf. igualmente n.º 23). Es un terreno en el que hay mucho por hacer, en esa tarea reconocer los valores de los pueblos indígenas y de la población negra es un paso fundamental. Lo es también aceptar los retos que vienen del acelerado proceso de urbanización que tiene lugar en el continente y de la agresiva presencia de los medios masivos de comunicación (cf. nn. 298-301).

3. *Ante los nuevos retos*

La madurez de la Iglesia latinoamericana se expresa, desde los años 60, en tomar el camino de la opción preferencial por el pobre —con todo lo que ella implica entre nosotros— para ser auténticamente signo del Reino de vida. El lazo y el enriquecimiento mutuo de estos elementos hace que la Iglesia latinoamericana entre de lleno en la comunión de la Iglesia universal. Esta perspectiva se convierte en el eje de la

nueva evangelización que comenzó en América Latina hace más de dos décadas, pero que urge retomar constantemente.

Es verdad que los retos que confrontamos en Latinoamérica son muy grandes y que los cambios a realizar son profundos, incluso al interior de la Iglesia; Puebla —a su vez— llama por eso varias veces a la conversión de todos los cristianos y del conjunto de la Iglesia ante la pobreza que se vive en la región (cf. el capítulo «Opción preferencial por los pobres»). No se trata de predicar la imprudencia y la irreflexión, sino de estar convencidos de que el Espíritu nos llevará hacia la verdad completa (cf. Juan 16,13); su presencia está en el nuevo rostro de lo que Medellín llamaba «una Iglesia pobre, misionera y pascual» que ha empezado a tomar la comunidad cristiana latinoamericana. Sería una traición al Espíritu, un pecado contra El, perder lo conseguido en estos años ante cristianos y no cristianos de continente. Causa por ello preocupación ver las resistencias y hostilidades que se manifiestan entre nosotros frente a las más fecundas tendencias de la pastoral y la teología de nuestros días. Se requiere al mismo tiempo lo que el libro de los *Hechos*, en la aurora del trabajo misionero de la Iglesia, llama *parresía*; es decir audacia para hablar claro. No hay otro modo de evangelizar. Los tiempos nos convocan a enfrentar los desafíos actuales con *parresía*, ella se basa en la esperanza en el Señor que «todo lo hace nuevo» (Apoc. 21,5). Entrar en el mundo del pobre es caminar hacia el encuentro con el Señor.

No se trata de repetir sin más lo descubierto y lo hecho en este tiempo. Evitemos confundir radicalidad con pereza intelectual y falta de decisión para innovar y aprender. Se necesita un gran esfuerzo creador para enfrentar los actuales desafíos de la realidad. Por ejemplo, la teología elaborada en estas décadas debe ser consciente de sus límites y lagunas, y por consiguiente de lo que debe ser repensado y reformulado, incorporando otros temas y perspectivas. Esto hará que sus respuestas sean más incisivas ante los endurecimientos, las transformaciones y los nuevos cuestionamientos que se presentan. La fidelidad al Dios de nuestra fe y a los pobres implica, en efecto, la atención permanente al Evangelio y el caminar con un pueblo que vive en una situación cambiante.

Medellín se preguntó con lucidez ¿cómo ser Iglesia?, ¿cómo decir hoy en América Latina que tu Reino venga?, y dio una primera respuesta a esos interrogantes. La ruta empezada en los 60 ha continuado y madurado, no sin tropiezos y ataques; en ella debe inscribirse el tiempo que viene. Es la senda por la cual el conjunto de la Iglesia anuncia, desde el sufrimiento y la muerte de muchos, la esperanza de la victoria definitiva de la vida del Resucitado.

